

## JUDAS ISCARIOTE: ¿MITO O REALIDAD? (II)

Hay al menos tres historias de traidores en las Escrituras. Las tres eran bien conocidas por los judíos y también por los cristianos de origen hebreo pero no por los de origen gentil que, como ya hemos indicado en otras ocasiones, se convirtieron en la mayoría de este movimiento hacia el año 150 aC. Durante siglos, por tanto, la mayor parte de los cristianos ignoró estas historias bíblicas de traidores y ello facilitó que las conexiones existentes entre ellas y la historia del personaje llamado “Judas Iscariote” no se percibiesen. A falta de estas pistas acerca de los orígenes probables de los detalles de los relatos sobre Judas, no es de extrañar que el cristianismo convencional considerase, hasta hace poco, que las historias sobre Judas de los evangelios fueran verídicas.

Igual que mis estudios me han llevado a cuestionar el literalismo y a concluir que Jesús ni alimentó a una multitud con cinco panes y dos peces, ni transformó el agua en vino ni resucitó a Lázaro (haciéndolo salir del sepulcro cuando ya llevaba cuatro días muerto), también me han llevado a concluir que los evangelistas, al escribir la historia de Judas, no pensaban en estar consignando hechos literalmente históricos. Aplicando, en efecto, esta línea reflexión al tema que nos ocupa, estoy prácticamente convencido de que el personaje de Judas Iscariote no existió sino que fue una creación literaria y una figura simbólica.

Mi opinión es que la función de la historia de Judas, una vez que se incorporó a la tradición general de las historias sobre Jesús, fue trasladar la culpa de la muerte de Jesús, de los romanos, a los que seguramente correspondía, a los judíos. Y esto, como un efecto segundo, ha contribuido, a lo largo de los siglos y de forma bastante injusta, a alimentar los prejuicios antisemitas que ya existían. Además, no soy yo solo quien opina así. La mayoría de los integrantes del “Jesus Seminar” comparte esta opinión y ello es una muestra más de la distancia que hay entre los círculos académicos y la opinión mayoritaria de los integrantes de diversas comunidades junto a las que se alinea la mayoría del clero local.

Lo que digo es aplicable a algunas cosas ya mencionadas en la columna anterior sobre Judas. En realidad, se trataba de algunos elementos del relato que, bien mirado, son difíciles de explicar con supuestos diferentes. Permítanme que los enumere brevemente como preguntas: ¿por qué el nombre del traidor es el mismo que el del país de los judíos (“Judas” es “Judá” en griego)?; ¿por qué el nombre del traidor no se incorpora al relato evangélico hasta el año 70 y pico?; ¿por qué Pablo desconocía la tradición de que el traidor había sido uno de los doce?

En esta segunda columna sobre Judas, nos ocuparemos de nuevos datos. Y los examinaremos al hilo de esta cuestión: ¿cómo es que los detalles de los relatos sobre Judas que encontramos en los evangelios parecen tomados, todos ellos, de las tres historias de traidores existentes en las Escrituras hebreas? Prestemos atención a esto. Para mostrarlo, comenzaré con la más antigua de estas tres historias de traición.

En II Samuel, 16-17, aparece un personaje llamado Ajitófel. El contexto de su aparición es una guerra civil que tiene desgarrado al país. Uno de los hijos de David, Absalón, se

ha rebelado contra su padre. Ajitófel era miembro del Consejo del rey, que lo respetaba y confiaba en él hasta consentir incluso en que comiese en su mesa con él. Sin embargo, Ajitófel se convierte secretamente en partidario de Absalón y, cuando empieza la guerra, apoya a Absalón y traiciona al rey. Uno de los títulos del rey David era el de “El ungido del Señor”, que en hebreo era: “messiah”. Así que, literalmente, el Mesías era “el ungido del Señor”. De modo que los judíos leyeron la historia de Ajitófel como la historia de quien “traicionó al Mesías”.

Pues bien, estoy convencido de que el dato de que Judas era uno de los que comía en la mesa del Señor procede de esta historia. Así pudo decirse que con Judas se dio cumplimiento a las Escrituras, ya que el salmista había escrito: “hasta mi amigo íntimo, en quien yo confiaba, el que comía de mi pan, levantó su mano contra mí” (Sal 41, 9). Todos los evangelios incluyen alguna versión de este detalle en el relato de la última cena. Es una de las dos referencias a Ajitófel que se incorporaron a la historia de Judas.

Veamos la segunda. Cuando la traición de Absalón fracasó y fue derrotado, Ajitófel supo que ya no tenía futuro, así que se fue, puso en orden sus asuntos y se ahorcó. Se trata de uno de los primeros relatos de suicidio en la Biblia. El suicidio de Judas Iscariote por ahorcamiento, que sólo sale en Mateo, parece proceder de esta antigua historia. Los dos elementos de la historia de Judas (el traidor se sienta a la mesa del rey, es decir, del ungido del Señor; y el traidor se ahorca al final) parecen proceder de la historia de traición de Ajitófel, recogida en II Samuel 16-17.

Pasemos a estudiar el origen del “beso del traidor”. Pero, un gesto tan propio de Judas como éste, ¿acaso tiene también un antecedente en las Escrituras? Pues sí. Y también procede del ciclo de las historias de David relacionadas con la rebelión de su hijo Absalón. Tras la guerra civil, al descubrir el rey David que algunos miembros no le eran tan leales como pensaba, quiso renovar su Consejo. Uno de los afectados fue Joab, capitán del ejército de David. Lo sustituyó Amasá. Pero Joab estaba muy disgustado por la medida y, con excusa de buscar a Amasá para felicitarlo, lo encontró en un lugar llamado Gabaón y lo saludó diciendo: “¿Estás bien, hermano mío?” y, a continuación, con su mano derecha, cogió la barba de Amasá para acercar su rostro hacia él y darle “el beso de la amistad”. Sin embargo, mientras hacía ver que besaba a su rival, sacó su daga con la mano izquierda y lo destripó allí mismo. Mi conclusión es que el detalle de que Judas traicionase a Jesús con un beso procede, con toda probabilidad, de esta historia (II Sam 20, 1-13).

Además, hay otro detalle de la historia de Judas que también parece tener su raíz en esta narración de Joab y de Amasá. En un Sermón atribuido a Pedro, y que se encuentra en el libro de los Hechos (Hch 1, 18), se da una versión diferente de la muerte de Judas. Según esta versión, Judas compra un campo con el dinero que recibe por su traición. Se dice que, en ese campo, Judas “se cayó de cabeza, se reventó por medio y todas sus entrañas se derramaron”. Esta expresión parece ser una segunda referencia tomada del relato de Amasá, traicionado con un beso.

La tercera y última historia de una traición y de un traidor es un poco más complicada. Está tomada del libro llamado “Zacarías II”. En el Antiguo Testamento, Zacarías aparece como un único libro de 14 capítulos. Sin embargo, los estudiosos han determinado que, en realidad, son dos libros diferentes que se unieron en el mismo rollo. Los capítulos del 1 al 8 parecen haberse escrito unos 150 años antes que los

capítulos 9 a 14. Este segundo libro (Zac 9-14) presenta a alguien denominado el “Rey Pastor” de Israel, y fue muy influyente en el desarrollo de las narraciones sobre Jesús. Los evangelios citan a Zacarías II para justificar el abandono de los discípulos cuando arrestan a Jesús (Zac 13, 7). Y la narración del Domingo de Ramos se basa también en unas palabras de Zacarías II: “Alégrate, hija de Jerusalén, he aquí que tu rey viene a ti, humilde, montado en un pollino, hijo de asna” (Zac 9, 9-11).

Pues bien, en Zacarías II, compran al Rey Pastor por “treinta piezas de plata” (Zac 11, 12), y más tarde, este precio lo devuelven, arrojándolo al interior de “la casa del Señor” (Zac 11, 13). Pero, ¿quiénes hacen esto? Los que trafican con el secuestro del Rey Pastor pasan a ser los que comercian con ovejas en el Templo en Zac 11, 11. Y luego añade Zacarías: “toda Jerusalén mirará a aquel al que atravesaron, y llorarán por él como se llora por un hijo único” (Zac 12, 10). Estos versículos son el origen de las treinta piezas de plata y de la devolución de las mismas arrojándolas al interior del templo. Y reparemos que estos detalles de la historia de Judas están sólo en Mateo. Cada detalle biográfico incorporado a la historia de Judas parece tener su origen, no en el recuerdo de sucesos históricos del momento sino en la evocación de las historias antiguas de traidores que hay en las Escrituras. El estudio de estos textos nos lleva concluir que Judas es una síntesis de todos los traidores bíblicos. Estos datos, a mi entender, indican que Judas es una creación literaria y no un personaje histórico.

Ya mencioné en la columna anterior que la figura de Judas se tornaba cada vez más siniestra con el paso de los años y que dicho proceso empezaba con su incorporación a la tradición de Marcos (en torno al año 72) y terminaba en Juan (escrito entre el 95 y 100). Durante los mismos años, y por contraste, el retrato del personaje llamado Poncio Pilato cada vez resulta más benévolo. Tras estos dos cambios está la realidad histórica de aquel tiempo.

En el 66 a.C., empezó en Galilea una guerra que enfrentó a los judíos con el Imperio Romano. Antes de que esta guerra terminase con la derrota total de los judíos, en un lugar llamado Masada, en el 73 a.C., la ciudad de Jerusalén quedó destruida y el templo arrasado. La persecución y la represión cruel de los judíos, por parte de los romanos, vino después, al mismo tiempo que los vencedores se afanaban en castigar a los responsables de la guerra judeo-romana. Los seguidores de Jesús, que no dejaban de ser judíos, trataron de hacer causa común con los romanos, culpando a las autoridades religiosas judías de la muerte de Jesús. Fue su intento de distanciarse de los judíos a los que Roma hacía responsables de la guerra. Al mismo tiempo, los cristianos empezaron a interpretar la destrucción de Jerusalén y del Templo como el castigo de Dios al Judaísmo por no reconocer a Jesús como el Mesías prometido.

Estas tensiones crecieron hasta el punto de que las autoridades judías expulsaron a los cristianos de la Sinagoga a finales de los 80. A medida que las narraciones se desarrollaban, el nombre del traidor vino a ser el mismo que el de la nación judía y diversos detalles procedentes de historias de anteriores traidores fueron incorporándose a la figura simbólica de Judas. Las siguientes generaciones, que ignoraban el origen bíblico de estos detalles, los interpretaron literalmente. Para nosotros, ha llegado el momento de dejar de usar a Judas como un estereotipo que refleja nuestros prejuicios sobre los judíos y de acercarnos al texto con ojos judíos y absolver para siempre a éstos de cargar con toda culpa de la muerte de Jesús. El

Viernes Santo no debe ser un día favorable al antisemitismo porque Jesús no murió por eso.

- *John Shelby Spong*

[ © [www.ProgressiveChristianity.com](http://www.ProgressiveChristianity.com) ]